

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra con aquella pureza que es propia de nuestro estado, podremos alcanzar el premio prometido á los verdaderos limpios de corazón. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (MATTH. v, 8).

DIA OCTAVO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD NECESARIA.

Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde.

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.

(MATTH., XI, 29.)

¿Qué es el hombre? preguntaba al Señor el paciente de Idumea; ¿qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, y le ensalzes? *Quid est homo, quia magnificas eum?* (Job. vii, 17.). Esa misma pregunta se os dirige á vosotros en esta noche, mis queridos hermanos. ¿Qué cosa es el hombre, repito yo á mi vez, para que, no tanto por parte de Dios, sino por sí mismo, se eleve y se ostente sobre la tierra? *Quid est homo? quid est?* El hombre, oigo que van de continuo repitiendo algunos lábios orgullosos y mundanos, es el sér más sublime y excelso; una criatura que puede repetir: yo soy soberana de mí misma; un sér y una criatura que nacieron para subir al sólio, y enseñorearse del universo. ¡Necios! gloriaos de esta vuestra propia grandeza: el fausto, la ambición y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona. Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro or-

gullo; despreciad, ya que motivos sobrados os asisten para ello, al pobre y al desvalido; encumbraos sobre todos vuestros semejantes;

INDUSTRIAS CONTRA LOS DEFECTOS

El justo caerá 7 veces y se levantará.—Prov. 24. 16.

El desaliento y desconfianza son tentaciones muy peligrosas en la vida espiritual. Para no dejarse vencer de ellas, mucho ayudará la consideración frecuente de los siguientes avisos:

I. El vencer las pasiones y alcanzar la santidad no es obra de un día; ni suele Dios levantar las almas á una grande perfección de repente, sino por grados. Luego no deben ser imprudentes ni indiscretos los deseos de su santidad y perfección, aunque sí muy vivos y eficaces. Permite Dios que queden algunas pasiones en el alma, para que combatiéndolas tenga una continua ocasión de humillarse y de merecer.

II. El alma que entra en el camino de la virtud y perfección, es semejante al niño que comienza á andar y se esfuerza en dar los primeros pasos; cae muchas veces, pero se levanta pronto, y pone más empeño y cuidado. Dice San Francisco de Sales: ¡Cómo nos enmendaremos de nuestros defectos? Teniendo paciencia con nosotros mismos; resistiendo con energía á la inquietud que nace de nuestros defectos; levantándonos con ánimo grande y generoso, fácilmente por nuestra flaqueza, pero permanecen la buena voluntad y el deseo sincero de servir á Dios."

III. Hay personas que se duelen de sus defectos de tal modo, que incurren en un defecto más grave de impaciencia, nacida del amor propio, que cuanto es más secreto es tanto más peligroso. Si al advertir nuestras imperfecciones y defectos, nos ejercitamos en humildad y paciencia, repararemos el daño de las faltas y sacaremos no poco provecho. Es muy grande mal dejarse llevar de una tristeza inútil y perjudicial, que ni es de Dios ni le agrada, sino que nace de oculta soberbia y es fomentada por el maligno espíritu, que sabe bien cuánto puede dañar al alma con semejante tristeza, especialmente induciéndola á desesperación.

Andamiento de la verdadera grandeza, la humildad, no es el poder que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sino aquella que triunfa en lo interior.

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra, aquel

IV. Se han de distinguir las caídas y recaídas que nacen de mala voluntad, de las que proceden de la fragilidad y miseria de la naturaleza corrompida. Contra las primeras se ha de pelear varonilmente, y no cejar hasta extirparlas. A las segundas nos hemos de persuadir que estaremos sujetos mientras vivamos en este mundo.

V. Se ha de tener en el alma una persuasión cada día más grande y una idea cada día más alta de la infinita misericordia de Dios. "En nuestras miserias, dice San Francisco de Sales, descansa el trono de la misericordia divina." Sin ellas no tendría Dios en qué ejercitar ese hermosísimo atributo de su divina esencia.

VI. Agrada mucho á Dios aquella confianza filial con que después de caer acudimos á El arrepentidos, y le pedimos perdón, y le rogamos nos dé más fuerzas. Luego si cien veces caemos, cien veces nos hemos de levantar, y pedirle perdón con mucha humildad, sí, pero también con mucha confianza. Porque con la desconfianza damos al demonio ocasión de sugerirnos mentiras como éstas: que Dios está cansado de tanto perdonarnos; que nos ha abandonado y no nos oye; que no nos basta su auxilio; que son inútiles nuestros esfuerzos; y otras por el estilo, con las cuales nos induce á tristeza y tedio, y hasta hacernos dejar ó descuidar la práctica de la virtud. Mas si nos acogemos á Dios con oración humilde y con entera confianza, tendremos paz, fervor y alegría espiritual.

VII. En las tentaciones se ha de tener presente el modo de proceder del espíritu bueno y del malo; el bueno nos pone delante las faltas y su gravedad antes de cometerlas, y procura apartar de ellas nuestra voluntad; al contrario, el malo, procura ocultarlas ó representarlas como ligeras é insignificantes, á fin de que las cometamos. Mas después de cometer las faltas, el espíritu malo las exagera para inducir á desconfianza y desesperación, mientras que el bueno excita el alma á arrepentirse y le inspira confianza.

VIII. Finalmente, nos ayudará mucho á sufrimos á nosotros mismos, tener presente, que las tristezas y amarguras que los

glorias de esta vuestra propia grandeza: el fausto, la ambición y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona: Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro or-

defectos causan en el alma, son penas con que Dios en su infinita misericordia, como Padre amantísimo, se digna purificarnos en esta vida, para que así tengamos menos que padecer en el Purgatorio. También se porta Dios con el alma como una madre con su hija enferma: cuanto más débil y enfermiza la vé, tanto más se compadece de ella, y con tanto mayor cariño la asiste y cura.

Reconozcamos, pues, con humildad nuestra fragilidad y miseria, y admiremos y bendigamos el amor y providencia de Dios, que no nos deja caer en faltas mayores.

Raíces principales de los defectos cotidianos. La falta de intención pura; el olvido de la presencia de Dios; la falta de recogimiento interior; la falta de silencio; la pusilanimidad y timidez; el buscarse á sí mismo y su propio consuelo y gusto; la inconstancia en los propósitos; el descuido en la guarda de los sentidos; el gobernarse por los sentidos y por impresiones, más que por la razón y por motivos sobrenaturales.

Armas contra las tentaciones: TRABAJA COMO BUEN SOLDADO DE JESUCRISTO. I. Tim. 2, 3.

1a. Estar bien persuadidos de que mientras vivamos en este mundo hemos de tener tentaciones; y así nunca debemos estar descuidados.

2a. Acostumbrarnos á hacer un acto de amor de Dios (yo te amo Dios mío) lo más intenso que podamos, al advertir cualquier tentación ó sugestión diabólica.

3a. Hacer actos interiores ó exteriores contrarios á la tentación que sentimos.

4a. No pensar que las tentaciones son castigo de Dios, sino estar muy ciertos de que las permite para nuestro mayor bien y provecho espiritual.

5a. Tener amor de hijos á la Santísima Virgen, y acudir á ella con suma confianza en la poderosa intercesión y maternal ternura, que tiene para con nosotros.

6a. El pensar lo breve de nuestra vida y el recordar nuestros pecados es la humildad.

Os ha hablado en la misteriosa violeta. La humildad, la humildad, hé ahí la gloria del humano linaje; la humildad, hé ahí el fundamento de la verdadera grandeza; la humildad, hé ahí el deber que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sinó aquella que triunfa en lo interior.

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viniendo en la tierra con aquella ~~muerte~~ que es manía de nuestro es-

simos, muerte, juicio, infierno y gloria. **Acuérdate de tus no visos y nunca pecarás**, dice el Espíritu Santo.

7a. El manifestar todas las tentaciones al Director espiritual es muy eficaz remedio, por ser un acto de humildad, que Dios premia con especiales gracias.

8a. El recordar frecuentemente los beneficios divinos, de modo que digamos con José: **¿Cómo puedo yo pecar contra mi Dios?**

9a. El humillarnos prontamente delante de Dios, reconociéndonos dignos de ser afligidos.

10a. Despreciar y desafiar al enemigo con mucho ánimo, y no turbarnos por cualquier cosa que sintamos, pues el consentir no es consentir; ni andar después examinándonos con ansiedad si hemos ó no consentido.

Devoción sustancial y devoción accidental ó sensible. Hay muchas almas que se turban y se afligen, y dejan la virtud, y llegan á creer que están mal con Dios, sólo porque no experimentan devoción sensible ni sienten gusto y consuelo en los ejercicios de piedad. Proviene estos males de no distinguir bien la devoción sustancial de la accidental ó sensible. Consiste la primera en la prontitud de la voluntad para hacer lo que agrada á Dios. La segunda es una suavidad y gusto espiritual que se siente en los ejercicios de piedad, con que se vence la repugnancia de la carne, y el espíritu se excita á la devoción sustancial.

Está, pues, en nuestra mano el tener devoción sustancial, y por lo tanto, siempre la hemos de procurar. Pero la devoción sensible la da y la quita el Señor cuando y á quien El es servido; y así cuando nos la dé, la hemos de recibir con humildad y agradecimiento, y aprovecharnos de ella, pero cuando nos la quite no nos hemos de entristecer, ni desealarla con ansiedad desordenada.

Mira que te mira Dios,	Mira que te has de morir,
Mira que te está mirando,	Mira que no sabes cuándo,
A. M. D. G.	

deza: el fausto, la ambicion y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona. Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro or-

gullo; despreciad, ya que motivos sobrados os asisten para ello, al pobre y al desvalido; encumbraos sobre todos vuestros semejantes; repetidles á voz en grito: Aquí estoy yo; detened vuestros pasos: aquí estoy yo; doblad vuestras frentes: aquí estoy yo; adorad mi grandeza. ¡ Ah! desdichados é insensatos, que solo en vosotros, y no en los demás, reconocéis una sombra de grandeza y un átomo de gloria! abrid, abrid vuestros ojos, contemplad en vosotros mismos vuestra nada. ¿Cómo os dejais arrastrar por una grandeza falaz, cuando os falta la esencial y la verdadera? ¿Dudais, acaso de ello? ¿osaríais creer, que nada absolutamente falta ya á vuestra gloria?

Pues bien; sea así por un instante. Decidme, os ruego; ¿qué prenda falta en el místico y precioso jardín que estamos contemplando un día tras otro con atención? ¿Cuáles pueden ser las bellezas que no se hallen reunidas en él? Qué grandeza puede restar que allí no triunfe y no prevalezca? Acá se hallan las flores más preciosas y peregrinas; allá las plantas más lozanas y feraces; acullá los árboles más majestuosos y sublimes; frescas y cristalinas aguas lo riegan; luz pura lo anima, y dulces céfiros lo recrean; ni las nubes los oscurecen, ni los vientos lo estremecen, ni las tempestades lo devastan. Y, sin embargo, ¡ ah! si vosotros os quisierais tomar el trabajo de examinar con detenimiento lo que hay al pié de aquellas flores, por debajo los troncos de aquellos árboles, entre las hojas de aquellas plantas, veríais, que brotan en todas partes ignoradas y ocultas las preciosas violetas, símbolo el más caracterizado de la profunda humildad.

¡ Ah! no; no desvieis con desden vuestra mirada de la Violeta, toda vez que tiene también su belleza, que permanece solitaria y oculta, que conserva su brillante colorido: sus hojas no carecen de majestad, ni sus formas de galanura; pero majestad, galanura y brillantez, que anhela vivir á la sombra del olvido, alejada de la comun admiración, y hasta inobservada é ignorada á toda ajena mirada; de modo, que ni aún pudierais hallarla, si la fragancia de sus perfumes no os revelara su existencia. No, no os desdeñeis, repito, de echar á esas flores una mirada, puesto que ellas os hablan también con una voz la más sublime y elocuente, y os están diciendo: que en la propia grandeza es preciso empequeñecerse; que la base de la gloria y el sostén de los honores es la humildad. ¿Lo habeis oido, mis queridos oyentes?

María os ha hablado en la misteriosa Violeta. La humildad, la humildad, hé ahí la gloria del humano linaje; la humildad, hé ahí el fundamento de la verdadera grandeza; la humildad, hé ahí el deber que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sinó aquella que triunfa en lo interior.

Aprendamos, mis amados hermanos, de nuestra Madre Santísima; y habiendo sido llamados por Cristo á ser humildes de corazón, sepamos, que esta humildad debe resplandecer en el entendimiento y en la voluntad: en el entendimiento, para que nos enseñe cuál es, en realidad, nuestro sér; y en la voluntad, para que nos induzca á obrar al tenor de tal conocimiento.

¡Oh, Madre, entre todas las madres, la más excelsa, pero, al mismo tiempo, la más humilde! haced que no nos falte vuestra gracia y vuestro auxilio en esta noche. A. M.

La humildad, como nos enseña el angélico Doctor, sólo encuentra su regla en el humano entendimiento: sólo se apoya en el conocimiento: *Humilitas habet regulam in cognitione* (2. 2. q. 161). Siguiendo esta doctrina, yo vuelvo á dirijiros, mis amados hermanos, la misma pregunta que os he dirijido al principiar mi discurso. ¿Qué es, pues, el hombre sobre la tierra? Una nulidad, os respondo, acaso peor que la nada. En el doble orden en el cual se encuentra, sea físico ó moral, ¿qué nos ofrece como fundamento de su gloria? ¿Qué méritos, qué atributos puede aducir en su favor? ¿Qué puede ofrecer que no haya recibido de otro?

¿Qué es el hombre en el orden físico? Un sér finito, limitado, imperfecto, sujeto á las mayores miserias; un puñado de polvo, una vil masa de barro; una nonada ántes de aparecer en la esfera de la existencia; una sombra en la existencia misma, y despues de su existencia un poco de tierra. No vengais ahora á recordarme la belleza de su rostro, la finura de su trato, la majestad de su aspecto, la nobleza de su extirpe, la acumulacion de sus riquezas. ¿Y qué es todo eso, en resúmen? Son dones que hemos recibido de otros; unos dones que podemos perder en un abrir y cerrar de ojos. Una enfermedad repentina; un delito que venga á mancillar nuestra honra; una desgracia inesperada, bastan para acabar con todas nuestras prerogativas. Abrid un sepulcro, y contemplad allí aquel rostro que un dia embelesaba á todo corazón. Penetrad en una cárcel, y ved allí en qué vino á parar la nobleza del linaje. Examinad aquel tugurio, y decidme dónde se halla el cúmulo de riquezas atesoradas en la prosperidad. Un alma inteligente é inmortal, es cierto, se hospeda en ese miserable cuerpo; pero, además de ser esa alma limitada en sus conocimientos, finita en su esencia, y dependiente de la naturaleza, decidme, os ruego, mis amados hermanos; ¿tuvisteis vosotros, acaso, alguna parte en su creacion? ¿Fué obra vuestra, por ventura, el dotarla de los privilegios que tanto la enaltecen?

Empero, vosotros me direis, tal vez, que es obra vuestra el desenvolvimiento de sus facultades, el perfeccionamiento de su sér, el impulso para acometer las más colosales empresas. ¡Ah! mis amados oyentes, tened cuidado en no equivocaros; vuestras obras no son tampoco tan absolutamente vuestras que deje excluida toda intervencion superior y divina. Aquella misma mano omnipotente, sin cuya positiva accion no pudierais prolongar vuestra existencia, es la misma que con tanta mayor razon ejerce su influencia en todos vuestros actos; pues es propio del modo de obrar de un sér, es propio de una virtud poseida en potencia, el ir siguiendo la naturaleza del sér mismo, y obrar con dependencia de una influencia superior. En una palabra: de cualquier modo que considereis al hombre en su sér físico, contemplareis en él una nonada, una sombra, una larva. Que si hallais en él algo de admirable, ó bien es un don de la naturaleza y del cielo, ó, cuando ménos, no podemos atribuirlo á él como á su causa única y primordial.

Si luego nos detenemos un instante en examinar al hombre en el orden moral, en el orden de la gracia; ¿qué podrá ofrecer á nuestras miradas ese sér tan presuntuoso? ¡Dios mio! si ese hombre fuera un pecador, aparecería ante vuestros ojos como el mónstruo más horrible de la tierra, maldecido de Vos, odiado de los ángeles, herido con los anatemas del cielo, vendido al demonio, esperado por el infierno, condenado por toda la eternidad. Los remordimientos de su conciencia, el perpétuo temor que oprime su corazón, y la culpa, que siempre se ve impresa en su semblante, harto prueban lo que es el pecador, áun en la vida presente. Si despues le consideramos en el estado de justo, ¿qué merecimientos puede alegar á su favor por haber alcanzado su grado de justicia? Necesitando á cada momento la gracia del Señor, é incapaz por sí mismo de proferir con mérito el nombre santísimo de Jesús, la gracia que le eleva á esa capacidad, no podrá jamás ser merecida *de condigno*, ni mucho ménos adquirida con nuestras propias fuerzas; siempre será un don del cielo, un don y una gracia totalmente gratuita; gratuita en la vocacion, gratuita en la justificacion, y gratuita en la perseverancia. En resúmen, aquello que comunmente llamamos nuestro mérito, no es otra cosa, como nos lo enseña la fé, y tan admirablemente lo expresa San Agustín, que un verdadero don del cielo: *merita nostra... munera sua* (Epist. cxciv, 5). Finalmente, á donde quiera que dirijamos nuestra mirada, advertimos nuestra insuficiencia, nuestra nada. Todo cuanto somos, lo somos por Dios; todo cuanto tenemos, lo reconocemos como procedente de Él; y todo cuanto podemos, solo lo podemos

con su auxilio. La vida, la salud, la belleza, las riquezas, el talento, la gracia, la virtud, la justicia y la santidad, todo ello, como nos lo dice el Apóstol, es don del cielo. *Quid habes, quod non accepisti?* (I. Cor. iv, 7). Y siendo esto así, ¿sobre qué principio, pues, ¡oh cristianos! pudiera fundarse nuestro propio orgullo? ¿A qué condujera gloriarnos de unas cosas que no son nuestras, en manera alguna, sinó todas ellas dones del cielo? ¿Qué insensatez fuera la nuestra, si presumiéramos que valemos algo por esos dones, por unos dones de los cuales podemos ser despojados en un abrir y cerrar de ojos? *Quid habes quod non accepisti.... quid gloriaris quasi non acceperis?* (IBID.)

No obra así, mis queridos hermanos, la tierna Virgen de Nazareth. Enriquecida con tantos dones de la naturaleza y de la gracia; elevada al grado más alto al cual pueda llegar una mortal criatura, cubre sus hombros con un manto, adorna su cuerpo con un vestido y ciñe su frente con una guirnalda; pero esa guirnalda está entretejida con Violetas, ese manto imita el color de las Violetas, y de ese vestido se desprenden los más suaves perfumes. Siendo grande delante de Dios y delante de los hombres, ella no se enaltece, no se engría, no se gloria; partiendo del grande principio, de que todo lo había recibido de Dios, ocúltase, cual humilde Violeta, entre la multitud de sus hojas, revelando su existencia con aquel suave perfume de aquella voz misteriosa, que repite sin cesar: Hé aquí la esclava del Señor. *Ecce ancilla Domini.* (Luc. i, 38.) Así, Élla atribuye á Dios todos sus honores; y se los atribuye porque tuvo en cuenta su pequeñez: *Quia respexit humilitatem* (IBID. 48); como si Élla dijera: ¿qué sería yo, pues, si el Señor no me hubiera mirado con predilección? una nonada, un sér débil, una sombra, una larva. Dios, Dios, solamente, pudo elevarme á un grado superior á cualquier otro; Dios, solamente, pudo revestirme de gloria y de honor; Dios, solamente, pudo sublimarme desde la nada; y, por lo tanto, á Él sólo corresponde la gloria, sólo á Él se deben los homenajes, sólo á Él las alabanzas: *Magnificat anima mea Dominum* (IBID. 46). Si bien Élla, por una parte, añade profetizando, que las futuras generaciones la llamarán bienaventurada, nos manifiesta al mismo tiempo, que tal distincion la mereció por la profusion de gracias que recibió de la diestra del Omnipotente: *Quia fecit mihi magna qui potens est* (IBID. 49). En suma: María, contemplándose á sí misma, nada descubre de grande, de sublime y de excelso; sinó que todo lo reconoce obra de aquella diestra benéfica, la cual, como ella misma nos lo anuncia, ensalza á los humildes y confunde en su orgullo á los soberbios. *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles* (IBID. 52).

De ahí podeis inferir, mis queridos hermanos, la segunda parte de mi discurso, en la cual os decía, que la humildad debe induciros á obrar segun los conocimientos de nuestra inteligencia. Siendo, como somos en realidad, unos séres llenos solamante de miserias, de abyeccion y de pecados; unas criaturas que podemos considerarnos una verdadera nada sobre la tierra; ¿fuera posible que nuestra locura llegara hasta el punto de ensalzarnos sobre nuestra propia condicion? ¿pudiéramos jamás llegar al extremo de amar aquellas obras que conducen al fausto, á la ambicion y al orgullo? ¡Oh! qué obcecacion no fuera esa, pues, hermanos míos!

Y no obstante, ¡cuán extendida se halla hoy esta ceguera sobre la tierra! Siendo todos un compuesto de polvo y ceniza, privados por nosotros mismos de todo bien, de toda prerogativa y de toda gracia, ¿no es hoy, precisamente, cuando los hombres se muestran tan orgullosos y engreidos como si fueran otros tantos dioses sobre la tierra? ¿No es hoy cuando sacuden el yugo de toda ley, de toda servidumbre, de todo freno? Vedlos á todos ellos dignos hijos de Lucifer, rebeldes á su Dios, levantando su trono contra el Altísimo, intentando, bien que en vano, arrojarle de su sόlio para pasar á ocuparlo ellos mismos. Vedles oprimiendo á sus semejantes, no reconociendo en ellos otra cosa que vileza y miserias, como si no hubieran sido todos ellos formados del mismo barro. Vedles con la frente erguida, con el desdén en la mirada, tan presumidos en sus maneras, como si la tierra fuera indigna de hospedarles. ¡Miserables é insensatos! ¿Cuándo pues se abrirán vuestros ojos para reconocer vuestro engaño? ¿Cuándo llegará la hora en que, persuadidos de vuestra nada, abandonaréis el sendero, que no puede conducirnos más que á una condenacion eterna?

Ya veis, pues, mis amados hermanos, que una vez el hombre llega al perfecto conocimiento de sí mismo, no puede ménos de resignarse á una sincera humillacion, al total desprecio de sí mismo. Humillaos, decía el Príncipe de los Apóstoles, bajo la poderosa mano del Altísimo: *Humiliamini sub potenti manu Dei* (I. PETR. V, 6); y una vez reconocida, bajo el peso de aquella mano, vuestra nada, sea esa humillacion la que desate vuestra lengua para entonar himnos de gloria, de gratitud y de reconocimiento al Altísimo. Sea, pues, esa humillacion la que os induzca á no correr en pos de los vanos aplausos del siglo, á huir de ellos siempre que os fueren prodigados, á detestarlos con todo vuestro corazon. Sea, además, esa humillacion la que os haga aparecer como verdaderos pobres en vuestro exterior, inferiores á todos los demás en el aprecio, tranquilos en las injurias, en los sar-

casmos y ultrajes de vuestro prójimo, aun cuando éste fuera pobre, desvalido y de la condicion más humilde. En una palabra, sea esa humillacion la que conserve siempre vivo en vuestra memoria el pensamiento, de que no sois más que una sombra; la que os recuerde en vuestros razonamientos, que nada sois, y os pruebe en vuestras acciones, que marchais en pos de Aquél que se humilló y anonadó á si mismo, y que siendo un Dios de infinita grandeza, se hizo sobre la tierra el oprobio de los hombres y el escarnio de la plebe, y mas bien gusano que hombre. *Ego sum vermis et non homo* (Ps. XXI, 7).

¡Dios de eterna majestad! ¿acaso tantas humillaciones, que únicamente sufristeis para el bien y el ejemplo de vuestros hijos, han de ser despreciadas por ellos, cual si fueran indignas de una sola de sus miradas, y nunca grabadas en sus miserables corazones?

¡Ah! no las despreció ciertamente, mis amados hermanos, ni pasaron desapercibidas tales enseñanzas para nuestra mística Violeta, nuestra Madre María. Élla, cuya virginidad le mereciera las complacencias del Altísimo, por su humildad fué llamada y llegó á ser Madre de Dios: *Humilitate concepit* (S. RERNAR: *Hom: sup. Miss: est.*) Y ¿quién, en efecto, fuera capaz de calcular en Élla la extension, la profundidad y la grandeza de esa excelsa virtud? Dios la llama hija predilecta, tierna madre y esposa fecundísima, y Élla, cual humilde Violeta: Hé aquí, responde; hé aquí ¡oh Señor! vuestra sierva y esclava. Cual soberana la saludan con reverencia los Ángeles, y Élla, cual humilde Violeta, dirijese entónces á la Judea para prestar sus servicios á su afortunada cuñada. Cuando parece que la tierra se postra ante su sublime grandeza, Élla, cual humilde Violeta, oculta su rostro, baja su mirada y hunde su frente en el polvo mismo, repitiendo: no temais; yo no soy nada. Y como una nada ofrécese igualmente á nuestros ojos cuando bajo un decreto de César, desempeña con toda solicitud su mision, prescindiendo absolutamente de los riesgos que puede ofrecer el viaje, de la falta de recursos, de los rigores de la estacion, y de la proximidad del parto. Como una nada se presenta á los pastores, cuando les acoje en el pesebre de Belen, les dirige su palabra, les ilumina, les exhorta, les anima y les remunera. Cual una nada se nos manifiesta en el Templo, cuando á semejanza de una mujer manchada con la culpa, se somete al precepto de la Purificacion. Cual una nada, finalmente, nos aparece en Egipto, cuando sufre con ánimo paciente las injusticias, la villania y la barbarie de aquellos pueblos.

Y ¿qué lugar pudierais indicarme, hermanos míos, en que María dejara de suministraros los más edificantes ejemplos de humildad?

Si los demás la ensalzan, Élla se calla; si admiran su rostro, Élla se oculta; si la bendicen y la enaltecen, Ella eleva su espíritu al Señor, y á Él atribuye su grandeza y su gloria: en todas partes, cual mística y espiritual Violeta silvestre, sólo en la humildad cifra su reposo, con la humildad únicamente se alimenta, y por la humildad resplandece sobre la tierra. Y siendo tan elocuentes sus ejemplos, tan sublimes sus acciones, con sobrada razon consideraría ahora faltos de todo sentimiento de religion y de virtud vuestros corazones, si no se sintieran movidos á abrazar las humillaciones y los desprecios; pero, si todavía conservan en su fondo un resto de tales sentimientos ¡oh! entónces, estoy seguro, que ellos alcanzarán sobre vuestras pasiones el triunfo más completo.

¿Y acaso nuestro mismo Redentor no nos llama al ejercicio de toda virtud, especialmente de la humildad, cuando nos invita á seguir los ejemplos que propone á nuestra imitacion? ¿Y pudiéramos nosotros, siendo tan orgullosos y rebeldes, gloriarnos de ser imitadores de Jesús? ¿Pudiéramos prometernos las bendiciones de nuestro Padre celestial? ¿pudiéramos esperar la proteccion de nuestra Madre Santísima?

¡Ah! mis amados hermanos; bien lo veis, la humildad es la insignia de todo corazon cristiano; es el manto del verdadero devoto de María. No somos nada; humillese, pues, nuestra razon, reconociendo la vileza del barro, del cual hemos sido formados. No somos nada; humillese, pues, nuestra voluntad viviendo en el desprecio de nosotros mismos, en el anonadamiento de nuestro corazon. En presencia de Dios confesemos nuestras propias miserias, y á la faz de los hombres manifestemos la condicion de nuestra nada. Las culpas, las iniquidades, los pecados, hé ahí lo único que podemos llamar nuestro y considerar como cosa propia. Y esa idea ¡oh! sí, esa idea, debe ser la regla y la norma de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y de nuestras obras. Mostrémonos en nuestro exterior tales cual nos declaran la fé, la religion y nuestra propia razon.

Y Vos, humildísima Madre nuestra, mística Violeta de los jardines del cielo; Vos, que cifrasteis en la humildad toda grandeza; Vos, que nada aborreceis tanto en los hombres como el orgullo y la presuncion; enseñadnos la verdadera humildad, extirpad de nuestro corazon el maligno gérmen de toda iniquidad, imprimid profundamente en nuestro entendimiento la idea de que nada somos sobre la tierra, y que lo único que enteramente nos pertenece es el maldito pecado. ¡Oh, María! haced ¡ay! que siempre nos consideremos tales como somos en realidad, unos seres los más

miserables y abyectos; concedednos que, á imitacion vuestra, seamos, en el jardin de la Iglesia, misticas Violetas ocultas, recatadas y humildísimas.

DIA NOVENO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD ÚTIL.

Qui se humiliaverit, exaltabitur.
Quien se humillare será ensalzado.
(MATTH. XXIII, 12).

Disimulad os ruego, mis amados hermanos, que otra vez me ocupe de la Violeta; no puedo ménos de dirigir otra mirada á aquella preciosa flor, que ayer suministró tan abundante materia para mi discurso. Siempre humilde y recatada, dicha Violeta nunca descuella entre las flores que la rodean; ella ama vivir en la sombra, en la oscuridad, bajo algun abrigo; á la sombra de algun árbol, en la espesura de los bosques, defendida por sus hojas. Jamás os deja ver espontáneamente su rostro, sinó que es preciso buscarla; ella no os ofrece colores brillantes, sinó sérios y oscuros; su tallo nada tiene de majestuoso, sinó que es sencillo y suavemente inclinado hácia el suelo. Y sin embargo, ¿en qué consiste ¡ah! que todas las miradas la buscan, todas las manos la cojen, y todos los corazones la codician? ¿Cómo se concibe, que la vea tan cultivada con tanto esmero, defendida con tanto celo y siempre custodiada con tanto cariño? ¿Por qué la veo, ó sola en alguna linda maceta, ó reposando entre las demás flores como para su ornato y su decoro, cautivando toda mirada, todo entendimiento y todo corazon? ¡Ah! mis amados hermanos; sus preciosas hojas, sus matices majestuosos, sus formas peregrinas,

y su suave fragancia, no pueden ménos de recomendarse á toda mirada, y alcanzar los homenajes del mundo entero. Y ese es el triunfo de su anonadamiento, y esa la gloria de su humillacion.

Efectivamente; para vivir en el más profundo olvido, llega hasta el extremo de abandonar el terreno cultivado, y allí, abre su cáliz en medio de la más triste soledad de elevados montes y de los más desiertos bosques. ¿Quién fuera capaz de explicarnos la gloria de que en el desierto se cubre y se adorna? Entónces crece sobre su tallo con mayor majestad; entónces sus hojas ostentan nueva belleza y lozanía, y sus colores, siendo más variados, ofrecen un conjunto el más maravilloso y sublime. Vosotros podeis verla en aquel monte cómo os presenta, ora un triste azul el más vivo, ora un matiz de púrpura el más rico; aquí, un azul celeste que os encanta; allá, un vivo amarillo que os enamora; acullá, un azul turquí, pero bellissimo; más léjos, un color blanco que deslumbra. Y del mismo modo que en la inaccesible cima del monte, así tambien en medio del desierto valle se ostenta siempre á vuestra mirada con tres colores variados, dividida en cinco pétalos del modo más admirable, dos de los cuales os deleitan por el color azul celeste que los distingue, y los otros tres por su mezcla de blanco y amarillo, que vá disminuyendo con suavidad. Finalmente; ¿no es cierto, que en lo oculto de aquella fragosidad, vosotros no podeis contener el impulso espontáneo de vuestra mano, y que no contentos con una sola de dichas flores, quisierais cojerlas todas, para recrearos en sus perfumes, admirar sus formas, contemplar sus colores, y para que ellas formen las más suaves delicias de vuestros sentidos? Y entónces ya no os es dado sofocar el grito, con el cual la ensalzais con preferencia á otra flor cualquiera; y casi sin advertirlo vosotros mismos, cantais sus glorias, sus méritos y sus grandezas; entónces la saludais como Reina de los campos, y quisierais que todo corazon se uniera al vuestro para que el triunfo de esa flor fuera más bello, más glorioso y más universal.

¡Oh celeste y espiritual Violeta! á Ti, á Ti, solamente, he bosquejado yo ahora con mis rudos acentos; á Ti, solamente, ha contemplado mi imaginacion en esa humilde flor. ¡Oh! bien puedes Tú gloriarte de tus inmensas riquezas; la humildad misma de tu corazon te está ensalzando. Tú fuiste una humilde Violeta, y no Violeta de los campos simplemente, sinó aquella Violeta que ama ocultarse en las inaccesibles cumbres de los montes, en la oscuridad de los más frondosos bosques; y esa misma circunstancia hizo resaltar con mayor viveza tu colorido; y por eso, los encomios que alcanzaste de la tierra fueron más gloriosos, y tus triunfos en el cielo más solemnes.